

les está permitido a los mozos darles a los norteamericanos morcilla con estricnina como a los canes.

Compró un globo terráqueo, el mejor que había para ubicar el primer encontronazo. Se convidará con una botella de champagne por cabeza el día que se declare la guerra contra Norteamérica».

A medida que el conflicto se aproxima a su fin, el giro de lo que se escribe cambia de dirección. Se acabaron la exaltación y el triunfalismo y comienza la advertencia sobre el poderío avasallante de los Estados Unidos partiendo de la experiencia mexicana.

III. La prensa uruguaya de la época

Es desde el diario *El Día* desde donde apreciaremos la visión uruguaya del problema cubano, ya que el otro diario importante de la época, *El Siglo*, no ha podido ser consultado debido a que se halla en proceso de microfilmación.

El Día fue fundado en 1886 por José Batlle y Ordóñez –luego, dos veces presidente de la República y propulsor de un importante programa reformista– y cesó de publicarse hace muy pocos años. Fueron características suyas, durante mucho tiempo, sus largas listas de avisos económicos y su anticlericalismo, amén de ser lógicamente un vocero del batllismo, sector mayoritario del partido Colorado. En 1898 ya había varias columnas dedicadas a avisos económicos, pero en el mes de noviembre se anunciaba que «la depresión había dejado vacías las páginas que se destinaban a avisos». En cuanto al anticlericalismo, por entonces no asomaba aún; por lo contrario, se anunciaban servicios religiosos o la construcción de un nuevo templo o la muerte de monseñor Estrázulas.

Algo curioso era la aparición de avisos del partido Nacional, y de notas de varias columnas sobre personajes de esta colectividad, como era el caso del recientemente fallecido general Diego Lamas, que había protagonizado junto con Aparicio Saravia, el levantamiento blanco de 1897.

El espacio del infaltable folletín lo ocupaba *El rey de París*, del tan apreciado Jorge Ohnet, autor del célebre libro *El dueño de las herrerías*. Se daba cuenta de espectáculos teatrales –aunque se recomendaba, en notas de opinión, no subvencionar los espectáculos de ópera– y del fútbol, que entonces comenzaba a practicarse por estas tierras. Desde el mes de setiembre pueden observarse los extractos de lotería.

Se recogían los ecos del asunto Dreyfus, en lo internacional, y en lo nacional, los de la revolución de 1897, a la vez que la reorganización de la

vida política. Los sucesos de Cuba y la controversia entre España y Estados Unidos, eran tratados diariamente, y aunque no se les dedicaba tanto espacio como en *El Diario Español*, la verdad es que la información era muy variada, pudiéndose leer en las páginas de *El Día* no sólo las alternativas del conflicto sino las opiniones más variadas sobre el mismo, como ser las de Gladstone, que concentraba sus esperanzas en la libertad de Cuba, deseando que no hubiera guerra, o las del zar de Rusia, asimismo como manifestaciones ocurridas en solidaridad con la causa cubana, como la acontecida en Dublín a fines de abril.

A falta de fotografías, son numerosos los dibujos que ilustran sobre elementos de la lucha hispano-estadounidense, viéndose representar militares, barcos y mapas, en mayor cantidad que lo que aparecía en el *El Diario Español*.

Y aunque sin el brío de la prensa española, se da cumplida cuenta de los actos que se realizan en apoyo de España, ya sea colectivos o personales. En una reunión ocurrida el 23 de abril, Fortunato Flores, hijo del extinto caudillo Venancio Flores, quien fuera dictador desde 1865 hasta 1868, fue aclamado como el jefe que habría de llevar a la victoria a la futura Legión *Hispano-Uruguaya*. La única condición fue que se reconociera durante la guerra, los grados de los que lo acompañaran, y que la Comisión Patriótica, residente aquí, le pasara una mensualidad a las familias de los oficiales mientras durara la guerra. Flores pensaba que se conseguirían de cuatro a cinco mil hombres. Ya había en el consulado anotados tres mil. Muchos lo habían visitado y le habían participado que querían servir a sus órdenes; se aclaraba que ningún compromiso le implicaría al país.

Para Flores, la guerra debía ser en los Estados Unidos. Arreglarse con México o cualquier otro descontento y desembarcarle ciento cincuenta o doscientos mil hombres. Se especulaba que siendo un pueblo de negociantes, Estados Unidos no tendría tantos soldados. Flores tenía cincuenta y seis años y no se resignaba a la vida inactiva. Se aseguraba que no peleaba por la aventura sino por la raza, pensando que los Estados Unidos querían hacer con Cuba lo que hicieron con México. El presidente Cuestas trató de disuadir a Flores, éste se emocionó hasta las lágrimas y dijo que sólo admitía a personas que hubieran obtenido la baja, pues no estaba dispuesto a desgranar nuestro ejército. El mismo Flores había pedido la baja para incorporarse al ejército español. El gobierno había recomendado que no concurrieran jefes y oficiales a reuniones organizadas por gobiernos extranjeros, alegando que no se quería dañar la amistad con los pueblos.

A principios del mes de junio, Fortunato Flores quedó aparentemente fuera de la contienda. El gobierno español creyó que era el ofrecimiento de

un estado mayor con general y todo, pero sin soldados: por ello lo rehusó. Se hizo saber que se trataba de una verdadera división, pero las cosas ya estaban enredadas. Por otro lado, la guerra iba a ser sólo marítima, cosa que no daba lugar a Flores. Por esta causa, no activaría su propuesta. *El Día* sospechaba que la verdadera causa de que no se hubiera embarcado de incógnito a Cuba o Puerto Rico, es que pensaba intervenir en algún conflicto a estallar en Argentina o Chile, dadas sus vinculaciones guerreras con los militares argentinos.

El Día, que se ha limitado a informar, rompe con esa conducta cuando en un suelto muy pequeño, el día 2 de junio, se permite dudar de los telegramas de origen *yankee*, que se atribuyen la victoria, pensando que por las felicitaciones de los diarios franceses a España, debía ser ésta la triunfadora. Y en el ejemplar del día 26 de agosto, ya en los finales del conflicto, se cita un artículo de *Tribuna* de Buenos Aires, en el que se dice que se debería escribir al general Pando y otros jefes, invitándolos a venir a la Argentina, dándoles facilidades de tierra y útiles de labranza; y se concluye que aquí se debería hacer algo también. Agrega: «podrían encontrarse como en su propia patria, un buen grupo de españoles».

Indudablemente, aunque las preocupaciones locales eran grandes, en algún momento afloraba el fondo hispánico de muy buena parte de la población uruguaya y también de la familia Batlle y Ordóñez.

IV. Participación uruguaya en la guerra de Cuba

Como hemos visto, se frustró el posible aporte uruguayo al bando español en la guerra de Cuba. Es en el bando contrario, donde aparece –por lo menos hasta ahora– el único participante uruguayo en la contienda, apoyando a los cubanos, lejanos hermanos de Hispanoamérica. Aníbal Barrios Pintos y Washington Reyes Abadie en su libro *Orientales en la emancipación americana*, han puesto de manifiesto que el número de compatriotas que lucharon en pro de la independencia, fuera de su suelo natal, fue considerable.

En una época en la que no existían las actuales fronteras muchas veces propiciadas por el interés británico –el gran poder del siglo XIX– esos hombres sentían la pertenencia a la gran nación hispanoamericana, no debido a un planteo de intelectuales, sino por sus propios orígenes históricos. Llegando a los puntos más distantes de América, no se sentían extranjeros, sino forasteros. Obviamente, el primer lugar donde actuaron fue el territorio hoy perteneciente a la Argentina. Pero también abrazaron la causa independentista participando, por ejemplo, en el ejército de los Andes. Encontramos en

esta empresa a Ramón Estomba, que luchó en Junín, a Eugenio Garzón y a Francisco Urdaneta, que murió en Santa Fe de Bogotá, entre otros.

Respecto de la guerra de Cuba, los autores citados transcriben una crónica aparecida en 1896 en *El Radical* de México, reproducida en el mismo año por el periódico *El Paysandú*. En medio de la descripción de la lucha, aparece el nombre de un combatiente originario del Uruguay: «Muchos bravos quedaron en el campo, entre otros el terrible lancero Juan Fernández, cabo de voluntarios, que fue recogido todavía con vida, muriendo a las pocas horas. Juan Fernández era originario del Uruguay. Criollo de contextura atlética, mostraba en su color y en sus facciones el origen charrúa de su sangre heroica. Cayó herido de tres balazos, desde el caballo que montaba, exclamando: «¡Ah maulas! ¡Si el General mandara este ataque no quedaba ni un godo!». Se refería a un tal Aparicio, célebre jefe uruguayo, al que había acompañado en varias ocasiones, como soldado raso, y del que siempre hablaba a sus compañeros en las noches del vivac, recordando las campañas de la patria lejana».

V. Repercusiones ulteriores: Rodó y el surgimiento de *Ariel*

José Enrique Rodó había nacido en 1871, de padre catalán y madre criolla. Brillante estudiante en literatura e historia, descuida la enseñanza curricular y finalmente abandona los estudios. Habiendo cambiado la situación económica familiar, al fallecer su padre, se vio obligado a trabajar desde joven en ocupaciones que no le atraían o que francamente le disgustaban; pero esto no le hizo abandonar sus afanes literarios, que podían rastrearse desde su niñez. Publicó *Revista Nacional de Literatura y Ciencias Sociales* en conjunción con un círculo de amigos y numerosos libros de ensayos y crítica, tan elogiados dentro como fuera del país.

Militó en el partido Colorado, donde llegó a ocupar cargos de representación, pero sus diferencias con Batlle y Ordóñez —por entonces presidente de la República— se hicieron insalvables. En 1898, fue nombrado catedrático de literatura en la universidad, lo cual causó plácemes de los estudiantes, según lo recoge la prensa de la época.

En 1900, publicó *Ariel*, que le daría fama continental y que haría que se le conociese, desde entonces, como «Maestro de juventudes». Tal fue el éxito, que en ese mismo año vio la luz su segunda edición, prologada por Leopoldo Alas.

Emir Rodríguez Monegal ha sintetizado perfectamente los componentes básicos de *Ariel*: «La conciliación ideal del paganismo y del cristianismo,

una actitud ética que se enraice en la estética, una concepción de la democracia que excluye el autoritarismo y preserva lo mejor de la aristocracia del espíritu». Pero no fue esa conjunción de elementos lo que le conquistó fama en Hispanoamérica, sino la interpretación de que *Ariel* era una afirmación de la latinidad frente a la influencia anglosajona; la percepción que del avasallante poderío yanqui había producido la guerra de Cuba hacía que se concentrara la atención en todo lo que se relacionara con ese aspecto. Incluso un biógrafo tan calificado de Rodó, como lo fue su amigo y compañero de luchas literarias, el doctor Víctor Pérez Petit, nos explica cómo esos sucesos influyeron en el escritor: «Esta ruda contienda arrojó nuestros ánimos, el de Rodó y el mío, en la mayor de las tribulaciones. Queríamos y anhelábamos la libertad de Cuba, último pueblo de América que permanecía sujeto al yugo de España, no obstante sus viriles luchas por la independencia y la actuación gloriosa de los Martí y los Maceo. Pero deseábamos, al par, que esa libertad fuera conquistada, como había sido conquistada la de toda Sud-América, por los hijos de la nación sojuzgada y, a lo sumo, con el concurso de pueblos hermanos. Un nuevo Bolívar nos hubiera llenado de orgullo. Pero lo que no admitíamos de ningún modo era la intervención de Norteamérica. Ciertamente propiciaba la independencia de Cuba pero no le agradecíamos el servicio. ¿Qué tenía que ver esa nación extraña en la contienda de los pueblos de otra raza? ¿Qué tenía que inmiscuirse en algo que para nosotros era un «asunto de familia»? En esa lucha estábamos por España. Cuba libre, sí; pero no por el favor o el interés de Norteamérica».

Ariel se transformó en un referente de las regiones de Hispanoamérica donde el imperialismo norteamericano no era un tema de especulación de intelectuales, sino que era algo sentido en carne propia. Quien esto escribe, recuerda que habiendo viajado a México en 1964, a tantos años de la aparición de *Ariel*, cuando enunciaba su condición de ciudadana uruguaya, se le replicaba: ¡Ah, de la patria de Rodó!

En su propio país, el pensamiento de Rodó fue el que guió a la juventud dorada de las segunda y tercera décadas de este siglo. Estos jóvenes universitarios, que buscaban algo más de lo que daba una universidad, que se había transformado en fabricante de profesionales, hijos de los inmigrantes que cumplían el sueño estampado en el título de la obra de Florencio Sánchez: *M'hijo el doctor*, tomaron el pensamiento rodoniano como guía, dejando atrás al positivismo que había imperado en las esferas intelectuales durante los años precedentes. Como no podía ser de otra manera, el centro y la revista que fundaron, llevaron el nombre de *Ariel*; en ellos Carlos Quijano, futuro fundador del semanario *Marcha* (1939), tuvo un papel fundamental.